

Galicia: historia de una defensa permanente

Miguel Alonso Baquer*

Nada más lejos de mi modo de pensar que la contemplación de la historia de Galicia como la historia de una defensa permanente. Ni siquiera me atrevería a conceder que en Galicia la preocupación por los problemas de la defensa haya sido permanente. Lo único, que a mi juicio, tiene sabor de permanencia es la idea de que Galicia —el pueblo de Galicia— ha tenido siempre cosas valiosas que defender. La defensa de unos determinados valores es, en esta última perspectiva, algo que no debe olvidarse por los habitantes de Galicia. La permanencia viene, pues, de la permanencia de estos valores que deben ser defendidos, nunca del permanente modo de ejercer una defensa.

El verdadero estado de la cuestión radica, simple y llanamente, en el deber de la defensa, en el deber de mantener a la comunidad gallega en estado de defensa. Pero se trata de un deber directamente relacionado con la apreciación social de los riesgos y amenazas y con la realidad de esos riesgos y amenazas. El cuidado del estado de defensa puede ser más o menos intenso en la medida en que esa apreciación y esa realidad de los riesgos y las amenazas así lo requieran. El propósito principal de la comunidad, en definitiva, radica en vivir sin riesgos y sin amenazas. Nunca en la pretensión teórica de que exista la comunidad porque alguien amenaza a la comunidad.

Otra cuestión muy distinta es la que voy a abordar inmediatamente. Trataré de precisar el valor militar de Galicia. O dicho de otra manera, el valor que conviene darle a los hombres y a las tierras de Galicia para que verdaderamente Galicia disfrute de un adecuado estado de defensa. El objeto de mis reflexiones será, primero el bienestar, el *estar bien* y segundo, el

(*) General Secretario Permanente del Instituto de Estudios Estratégicos.

bien obrar, el *obrar bien*. Sólo en tercer lugar abordaré lo que queda en tercer lugar, el *defenderse bien*. Porque estar bien y obrar bien dependen de la propia voluntad, mientras que defenderse bien se deriva de la voluntad del otro, exactamente, de la resistencia a la voluntad hostil del otro.

En principio, todos los territorios, como Galicia, con límites bien definidos tienen algún valor militar. O si se quiere decir de una manera más técnica, tienen una función estratégica que cumplir. Pero, también en principio, nunca es esencial para ningún territorio el tener, en acto o en potencia, una función estratégica que, de modo permanente, deba ser satisfecha. Mucho menos, una función militar que haya de ser asumida por una fuerza armada de manera permanente. La personalidad moral del grupo social —el pueblo gallego— arraigado sobre un territorio —Galicia— puede tener más de un fundamento civil y en absoluto es necesario que uno de sus ingredientes sea la citada función estratégica.

La labor del historiador —mucho más si nos referimos al historiador de las instituciones militares—, no consiste pues en dar por sentada una permanencia sino en todo lo contrario: consiste en descubrir una variabilidad de situaciones. El historiador de raza es el que nos hace ver las diferencias, no las identidades, entre las situaciones.

Ahora bien, Galicia, en tanto territorio con límites topográficos muy precisos y con una población bien dotada de una conciencia de identidad, ha dispuesto a lo largo de los tiempos históricos de diferentes oportunidades para poner de relieve su valor militar. Nótese que hablo de varias oportunidades separadas en el tiempo y no de necesidades de presencia continua, inexorables. Porque esta característica de permanencia y de constancia en el ejercicio de una sola función estratégica es, exactamente, la cualidad que más claramente se echa de menos en Galicia. Galicia, en cada situación concreta de su pretérito, asume una función estratégica diferente.

En realidad, la reincidencia en el ejercicio de una sola función estratégica le corresponde a los pueblos asentados en zonas de paso obligado, es decir, a los pueblos que viven sobre los estrechamientos de las vías de comunicación que hay entre los centros de gravedad de dos poderes habitualmente enfrentados. Es el caso, en nada análogo al de Galicia, en términos marítimos, de los estrechos ... (Gibraltar, Sicilia, Bósforo y los Dardanelos, etc...) y, en términos continentales de las posiciones de pie de monte que se alzan a uno y otro lado, por ejemplo, de Sierra Morena, del Sistema Ibérico o de los Pirineos, sin salirnos por ahora de la Península Ibérica.

También las ciudades que disponen de sólidos puentes —en nuestro caso, puentes romanos— sobre los cauces de los ríos mayores suelen cargar sobre sus espaldas una función estratégica de modo singularmente continuado... (vgr. Zaragoza, Zamora, Toro, Mérida, Sevilla y Córdoba). Pero no es el caso de la variada y compleja topografía del escenario gallego.

Porque Galicia, separada geográficamente del eje que une grandes potencias, sólo en determinadas circunstancias —es decir, en situaciones concretas

de enfrentamiento militar cerca de su entorno— pone en el primer plano de sus inquietudes la realización de un esfuerzo militar. Galicia disfruta de una posición claramente excéntrica. Su posición geográfica hace poco probable que su territorio sea utilizado como espacio para la confrontación de dos fuerzas o dos poderes. Si los combates se dan dentro de Galicia es porque se ha generado en su espacio una situación excepcional, según la cual, durante un período de tiempo priva la enemistad entre las gentes que viven y que operan sobre Galicia y las gentes que viven y operan sobre su contorno marítimo o terrestre.

Todos los pueblos, hacia dentro de ellos mismos y hacia los pueblos vecinos, pueden generar o sufrir situaciones de miedo y de odio, es decir, de guerra. Unas veces las aciertan a soslayar y otras, difícilmente, las atraviesan dando ocasión a comportamientos heroicos. Pero, en definitiva, todas las historias —también la historia de Galicia— conocen estados de guerra, estados de paz y, dentro de ellos, períodos de indefensión y períodos donde se percibe la realidad de un estado de defensa tan abierto a la construcción de la paz como a la superación de la guerra que, quizás, se les aparezca por el horizonte.

Diré, de entrada, que las funciones estratégicas pueden agruparse en dos. Existe una función militar que se expresa en proyección de poder, a la que corresponde una actitud ofensiva (o expedicionaria) y otra función militar que se expresa en concentración o reducción del poder, a la que corresponde una actitud defensiva (o territorial) de supervivencia.

Galicia, por causa de la primera actitud, se pone en condiciones de conducir a sus hombres más allá de sus límites espaciales. En esta primera actitud —la actitud ofensiva de proyección de poder— es fácil comprender que es cuando más se ponen a prueba las virtudes, habilidades y capacidades del pueblo gallego, en especial la fidelidad, la lealtad, la subordinación y la disciplina, es decir, las virtudes que regulan en todo el mundo civilizado las relaciones de mando y de obediencia.

Galicia, por causa de la segunda actitud, se pone en trance de resistir. Ser es defenderse, se decía en toda Europa cuando al filo de los dos últimos siglos alguien, desde la cultura alemana, certificó la decadencia de Occidente. Es la actitud a la que inclina el título del ensayo que he recibido para esta ocasión: *Galicia: historia de una defensa permanente*. El predominio de esta segunda actitud —la defensiva de supervivencia— pone a prueba las virtudes de la valentía, de la honorabilidad, de la abnegación y del compañerismo. Pero lo hace modulando los contenidos que van desde la forma arrogante y audaz de heroísmo impaciente hacia otra forma de heroísmo sufrido y paciente. Aquí —en la concepción defensiva a ultranza de la función estratégica de Galicia— el acento queda puesto en las virtudes que regulan las relaciones de amistad y de hostilidad, por desgracia, siempre posibles como alternativas.

Todos los pueblos —también el pueblo gallego— están dotados para entregarse generosamente a una y a otra actitud. En la primera —la actitud para la

ofensiva— lo definitivo nos viene dado por los hombres. En la segunda —la actitud para la defensiva— lo definitivo nos viene dado por las condiciones del territorio, por la compartimentación de sus comarcas, por el trazado de las comunicaciones, etc. En la proyección de poder, hay que fijarse en los hombres y en la reducción o concentración del poder, hay que subrayar el relieve.

Cinco aspectos o caras de Galicia funden y armonizan el doble ejercicio por sus gentes de una actitud ofensiva de expansión de sus valores profundos y de una actitud defensiva de reducción —deberíamos decir de reducción— de esos mismos valores a un núcleo originario. Son, citadas topográficamente en el sentido de las agujas del reloj, las siguientes:

1. Las « rías altas» de la vertiente cantábrica.
2. La Sierra de Rañadoiro frente a las Asturias.
3. Los accesos a la región leonesa.
4. La frontera o raya portuguesa del Miño.
5. Las «rías bajas» de la vertiente atlántica.

Recorreremos los cinco aspectos siempre con el ánimo dispuesto a reconocerles a los habitantes de Galicia capacidad para las dos actitudes, la ofensiva y la defensiva.

1. VALOR MILITAR DE LAS «RÍAS ALTAS»

El valor militar de los asentamientos humanos en las desembocaduras de los ríos está, de entrada, mucho más ajustado con el fenómeno de la proyección de poder que con el de la concentración defensiva en su núcleo sólido de la voluntad de resistencia.

Ahora bien, no hay una respuesta unívoca para todos los casos. Caben dos posiciones extremas de distinto signo, según la estructura topográfica de la desembocadura del río apunte hacia la formación de un *estuario* o hacia la formación de un *delta*.

El estuario profundo, labrado entre dos estribaciones montañosas, expresa —si se dan condiciones de alta densidad de población— una tendencia expansionista que, naturalmente, en las ocasiones de debilidad militar propia, requiere la construcción de un sistema permanente de fortalezas. En cambio, el delta, amplio y arenoso, característico de los mares cerrados con mareas poco acusadas, como el Mediterráneo, carece en absoluto de esa posibilidad de influencia.

En las «rías altas» no se forman deltas, pero tampoco las «rías altas» —piénsese en El Ferrol— alcanzan en plenitud las características de un gran estuario. Nos movemos pues, en el ámbito de unas posibilidades. Es posible que las «rías altas» ejerzan en alguna oportunidad una función estratégica de proyección de poder y es posible que resulten atacadas sus instalaciones militares para impedirles este ejercicio. Pero no es lo obligado.

El valor militar de las «rías altas» depende —ha dependido históricamente— del grado de hostilidad, en términos de política exterior, verdaderamente dado entre los países costeros del Canal de la Mancha y los reinos de la Península Ibérica (España y Portugal). Temporalmente, la máxima conflictividad está ligada, tanto a la existencia de lo que podríamos llamar *Monarquía Hispánica de la Casa de Habsburgo*, durante los ochenta años en que estuvo reunida la soberanía de ambos reinos peninsulares, como al alto grado de inestabilidad política en los Países Bajos, padecido a lo largo de lo que suele denominarse las *Guerras de religión*.

Antes de seguir adelante conviene caer en la cuenta de que la clave del valor militar de cualquier espacio territorial no está en su posición geográfica —algo permanente e inmutable— sino en la situación estratégica, un fenómeno dominado para su total comprensión por la historicidad.

El valor militar de las «rías altas» está rotundamente marcado por lo histórico, por lo coyuntural. Lo que hay implícito en ellas es la posibilidad de alguna nueva asunción de cometidos militares en los tiempos modernos, una posibilidad que no está descartada, ni debe descartarse aquí y ahora. Pero el horizonte internacional actualmente vigente del vínculo atlántico —el de la Alianza Atlántica— hace de momento impensable una reproducción del esquema ofensivo-defensivo del siglo XVII en torno a las rías gallegas.

El valor militar histórico de las «rías altas» había oscilado entonces, hacia 1640, entre servir de base logística de proyección de poder hacia el Canal de la Mancha desde la Península Ibérica a disponer de la organización permanente de unas fortificaciones aptas para disuadir y, en su caso, rechazar los asaltos a la costa gallega. Ese valor histórico de carácter militar ofensivo-defensivo hubiera podido ser mayor si le hubiera acompañado una red de comunicaciones terrestres hacia el interior. Pero, aquí y ahora, a finales del siglo XX, la pregunta muy diferente que debemos hacernos es la siguiente:

¿Puede integrarse el espacio de las «rías altas» en el apoyo logístico-militar al ejercicio del vínculo atlántico?

La respuesta afecta substancialmente al Cuartel General de la Armada Española, ya que la base naval de El Ferrol retiene unas notables responsabilidades de seguridad y defensa sobre la Zona Marítima del Cantábrico. Nótese que al mencionarlas no se trata de poner de relieve una hipótesis de conflictividad marítima sobre el eje Galicia-Canal de la Mancha, sino una hipótesis de coordinación de esfuerzos entre países amigos o aliados.

2. VALOR MILITAR DE LA SIERRA DE RAÑADOIRO

Es tradicional, en los estudios de historia militar, dar por supuesto que las entidades territoriales con alta conciencia de identidad tienen necesariamente problemas de límites y sufren conflictos de vecindad. El resultado de las consiguientes tensiones entre las comunidades contiguas, en muchos casos,

determina la existencia de una frontera fortificada; pero, en otros, lo que resulta es una raya administrativa sin fortificar que, eso sí, produce una tendencia hacia la desertización de las comarcas colindantes por cuanto, de hecho, se les disuade a sus poblaciones del flujo normal de los bienes y de los servicios.

Estos dos balances o resultados: *frontera versus raya*, no se dan tan claros en el fenómeno relacional Galicia-Asturias. Aquí nunca hubo *frontera* y siempre ha habido un *límite*, que ni siquiera alcanza a ser una verdadera *raya*. Entre Galicia y las Asturias se ha dado, históricamente, un predominio neto de la búsqueda de intereses comunes sobre la proclama de una oposición de ideales. Galicia y las Asturias tienen intereses comunes y comparten análogos ideales muy por encima de la conflictividad interna que lleva siempre consigo la praxis del feudalismo.

Esta observación del rasgo más notable de la relación gallego-asturiana desmilitariza de una vez por todas —incluso cuando se pone la atención del historiador en la Antigüedad Clásica o en la España Romana— el sentido dominante de la relación entre ambos pueblos. Y el símbolo topográfico de la desmilitarización lo constituye el trazado natural norte-sur de la Sierra de Rañadoiro.

Las excepciones a la regla existen y el historiador debe localizarlas en el tiempo y en el espacio. Sobre todo el medievalista. Es en las situaciones de máxima fragmentación del poder político cuando con más frecuencia hubieran podido presentarse choques armados entre partidas de combatientes procedentes del corazón de Galicia o del corazón de Asturias. Pero los ejemplos carecen de significado y de consecuencias políticas. A lo largo de las operaciones habidas sobre la Sierra de Rañadoiro en todos los tiempos históricos —incluyo movimientos de los mariscales de Napoleón en 1808-1810 y de las columnas militares españolas entre los años 1934-1938 de la revolución española— se percibe, no un enfrentamiento entre dos regiones naturales, sino la voluntad sugestiva de un proyecto común que se había puesto en grave crisis. Es el caso, en definitiva, de todas las situaciones que encajan en ser la réplica a las insurrecciones armadas ordenadas desde el poder político.

3. VALOR MILITAR DE LOS «ACCESOS» AL REINO DE LEÓN

La columna vertebral de los «accesos» al reino de León —o mejor dicho, de los accesos a Galicia desde el reino de León— es el *Camino de Santiago*. Los historiadores de la Antigüedad Clásica y de la España Romana saben que, al margen de la motivación religiosa de la peregrinación europea al sepulcro de un apóstol, los tramos de este «acceso» principal ya estaban trazados de antemano. Y saben también que con el Camino no se trata de un único «acceso» entre ambas regiones.

La clave geográfica de alternativas al «acceso» principal nos ayuda a entender el fenómeno. Se trata de la historia de la relación entre los pueblos del valle del Duero, despoblado durante los primeros siglos de la invasión musulmana, y los pueblos gallegos. Y se trata de precisar que fue casi siempre una cuestión de hegemonía que englobaba las aspiraciones de posesión de tierras de asturianos, gallegos y leoneses frente a la amenaza del Islam.

La respuesta que se dio hacia el año 1000 de la era cristiana no pudo ser más rotunda. En la relación Galicia-reino de León pudo haber adversidades pero, por encima de las adversidades, destacó la definición del enemigo común, es decir, la definición de las enemistades compartidas. De hecho, por voluntad de los dos pueblos, se optó por la recuperación de la España perdida. No se admitió una inhibición progresiva de las gentes que iban quedando alejadas de la frontera que avanzaba hacia el sur, sino que se estimuló una participación renovada siglo a siglo en el afán reconquistador.

Los «accesos» de Galicia al reino de León tienen pues muy señalada la función estratégica de alternar acciones y reacciones. El mínimo de seguridad se padeció en la famosa razzia del moro Almanzor y el máximo cuando la presencia islamista se redujo al reino de Granada. Pero la historia militar tiene que profundizar en la existencia de realidades que se inscriben en el territorio colindante con los «accesos» (iglesias fortificadas, castillos roqueros, conventuales de las Órdenes Militares de Caballería y monasterios) tan atentas al trazado de la frontera de la reconquista como el acogimiento de peregrinos de todas las comarcas de Europa, entonces mejor identificada que ahora, por su naturaleza de Cristiandad.

En la Edad Contemporánea —léase período posterior a la Revolución Francesa— los «accesos» gallegos al reino de León vuelven a tener una función estratégica de acción-reacción, que hoy están acertando a historiar en toda su complejidad los expertos de la llamada por unos, *Guerra Peninsular*, por otros *Guerra de la Independencia* y por unos terceros, los franceses, *Guerra de España*. Pero aquí, la internacionalización plena del conflicto traza una nueva ruta que va desde Astorga hasta La Coruña por Lugo. La historia de una defensa «permanente» que vivió Galicia es también la historia de España, entonces en estado exaltado de defensa colectiva y popular. El nombre del general británico Moore, junto al de los mariscales franceses con quienes se enfrentó, no desmiente la esencia del conflicto ni desdibuja el trazado del eje principal de la acción-reacción alimentado por soldados, oficiales y generales de condición gallega.

4. VALOR MILITAR DE LA «RAYA GALLEGA» DE PORTUGAL

Hemos distinguido los conceptos geohistóricos de *frontera* y de *raya* y los hemos graduado por la intensidad de su eficacia. La desembocadura del río Miño —piénsese en la natural y artificial fortaleza de la catedral de

Tuy— podía comportarse de una u otra forma y aún de una tercera, ni frontera, ni raya, simplemente *límite burocrático* de una administración local. Yo creo que, en realidad, el devenir ha impuesto sobre Tuy por voluntad de los hombres la realidad de, una raya «gallega» o «portuguesa», según se mire.

Para interpretar el dato no nos basta la historia militar de Galicia. Hubo (y lo hubo con carácter constante y reincidente) una crisis feudal que contradecía la otra tendencia, la castellano-leonesa, del ayuntamiento de reinos en que vino a engendrarse España. El reino de Portugal asumió con entusiasmo y con éxito el avance de la Reconquista por la fachada atlántica y acertó a fijar de una vez por todas el trazado de su «raya». Las vicisitudes anteriores a la Guerra de la Independencia, altamente cargadas de episodios bélicos, no alteraron la fortaleza de la «raya». La Guerra de la Independencia presenció que la «raya» era atravesada en ambos sentidos, cuando el objetivo de españoles y portugueses ya era un ideal de soberanías. La reconsideración histórica (en esta raya) de la conflictividad militar habla mucho más de lo lejano y olvidado que de lo reciente o vivo en torno a esa «raya galai-co-portuguesa», de distinción de soberanías.

5. VALOR MILITAR DE LAS «RÍAS BAJAS»

La vuelta del horizonte en el sentido de las agujas del reloj, que emprendimos desde el corazón mismo de Galicia —quizás convenga fijarlo en Lugo para estos fines, mejor que en Santiago de Compostela— se cierra con la atención al valor militar de las «rías bajas». Exactamente se cierra en la Torre de Hércules de manera simbólica o en el Cabo Finisterre. Cuanto dijimos sobre el binomio *estuario-delta* adquiere aquí su mejor y más grandioso significado. Es la parte de Galicia mejor asentada en la modernidad y mejor definida por dos hechos demográficos de impresionante envergadura la proyección de poder hacia el Océano Atlántico, es decir, hacia Ultramar y la presión demográfica del pueblo gallego hacia lejanos horizontes.

En términos militares —o mejor navales— la proyección de poder desde las «rías bajas» (Vigo, Pontevedra, La Coruña) tiene un sentido análogo al de las «rías altas». Es una proyección de poder que va hacia los espacios costeros del Canal de la Mancha —piénsese en los movimientos de la Armada Invencible forjada por Felipe II— y es también una resistencia a las proyecciones de poder provenientes de las Islas Británicas —piénsese en los asaltos a sus puntos fuertes tan reiterados en el tiempo del Siglo de las Luces. Pero en términos culturales (o de civilización) lo que se nos viene a la memoria es la implantación de Galicia —de sus marineros— en la *Carrera de Indias*. No importa que, previamente, el cumplimiento de este designio exigiera un desplazamiento de sus naves por mar a la bahía de Cádiz, porque lo decisivo no está en el trazado exacto de la ruta de navegación sino en el

objetivo final que no es otro que la implantación de formas de vida europeas en el otro lado del Océano Atlántico.

Yo no sé si mis palabras han servido para matizar en sentido crítico la primera impresión producida por el título de esta intervención *Galicia: historia de una defensa permanente*. ¿Qué es lo que Galicia ha defendido con carácter permanente? Galicia no se ha defendido sola a sí misma. Ha defendido también lo que otros pueblos defendían y lo ha defendido implantando nuevos reinos en Ultramar, al igual que los venían implantando los demás reinos de la Corona de España desde la hora feliz del Descubrimiento de América hace más de quinientos años.